

el papa y con la Inglaterra tratados por los cuales los ingleses y los italianos pudieron traficar en el país, y procuró reprimir las partidas de ladrones. Un año de hambre, que hizo perecer á medio millon de personas en Moscou, puso á prueba su actividad para remediar el mal, é hizo respetar su nombre en la Europa.

Aunque la familia de los Romanov aplaudió su elevacion, no por eso dejó de sacrificarla á su desconfiada ambicion; no sentenciándola abiertamente á los suplicios, sino con intrigas, y favoreciendo la delacion, hasta el punto de producirla en el hogar doméstico.

En 1603, el fraile ruso Gregorio Otrepiev trató de hacerse pasar por el príncipe Demetrio: afirmaba que los asesinos no le habian herido, y reivindicó sus derechos á la corona. Encontró apoyo entre los polacos, deseosos siempre de introducir las turbulencias en Rusia; entre los cosacos del Don, que Boris queria sujetar á la disciplina; entre los jesuitas de Cracovia, á quienes el impostor prometia restablecer la Iglesia latina en el imperio, y en multitud de personas dispuestas siempre á especular con una revolucion. Segundado por las sublevaciones que estallaron y por la fortuna (1605), penetró en el reino, y Boris murió de pesar ó de desesperacion.

El patriarca y los boyardos eligieron á su hijo Fedor II, de edad de diez y seis años; pero el falso Demetrio fué reconocido por la misma viuda de Ivan IV. El pueblo se apresuró á tributarle homenaje por las esperanzas que nacen en los países despóticos con cada cambio de rey. Quedó victorioso, y perdonó á sus adversarios, pero dejó estrangular al czar. Volvió á llamar á los Romanov, y reinó con dulzura, desplegando en la administracion y en la guerra la habilidad que ciertas personas creen privilegio del nacimiento y de una educacion real; en fin, á diferencia de sus predecesores, declaró que no queria derramar sangre. Educado, sin embargo, en las costumbres polacas, despreciaba la aspereza rusa y los toscos boyardos, lo que era causa de no ser querido; tenia además sobre sí la culpa de haber ascendido al trono con ayuda de las armas de Lituania, de rodearse de multitud de extranjeros, de inclinarse al catolicismo, hasta el grado de permitir la celebracion de la misa y haber admitido á los je-

suitas en el imperio. Además no ayunaba, no se persignaba al pasar por delante de las imágenes, no sostenia una numerosa servidumbre, no dormia la siesta, montaba á caballo sin taburete, se divertia en domar potros cerriles y en apuntar los cañones. Es cierto que á imitacion de los verdaderos czares violaba hasta las vírgenes sagradas, y que manchó con sus caricias á la viuda de su predecesor.

Vasili Chouiski, que afirmaba haber visto con sus propios ojos á Demetrio en el ataúd, urdió una trama contra aquel que habia usurpado su nombre. Siguiéndole con una mirada de tigre en medio de las fiestas y de los negocios, consiguió en fin hacerle degollar en una sublevacion (1606); en la que se derramó tanta sangre como la que el falso Demetrio habia querido evitar.

Entonces, como pudiera hacerlo un rebaño servil, el pueblo cargó al czar muerto de imprecaciones: aquellos que le habian reconocido por verdadero príncipe, declararon que era un impostor; el pueblo le maldijo como mágico y hechicero, al mismo tiempo que aplaudió á Vasili, que fué elevado á la categoría de czar. Pero de repente se presentó otro Demetrio, despues un tercero, sostenidos siempre por los cosacos y los polacos. Chouiski fué depuesto. Los extranjeros se regocijaban con ver abatido un poder cuyos progresos les habia asustado. El hambre era tan terrible en Moscou, que se vendia carne humana. En todas partes habia matanzas, incendios, procesos; el desaliento penetraba en los corazones, hasta el grado de pensar en dar la preferencia á un extranjero para reinar en el imperio. Las intrigas hicieron prevalecer á Uladislaio, hijo de Segismundo III, rey de Polonia; pero para vengarse, invadieron los suecos la Ingria, al paso que los polacos ocupaban á Smolensko; presentáronse otros Demetrios; los odios de nacion y de familia hicieron correr la sangre por todas partes. En fin, algunos boyardos se reunieron para libertar la patria de tantos males, y confirieron el título de czar á Miguel Federovitch Romanov, que hasta entonces habia vivido en un monasterio con su madre (1613); y la dinastía que reina aún en el día ascendió al trono con él. Guiado por los prudentes consejos de Philareto, arzobispo de Rostov, su padre, devolvió la

paz á la Rusia (1616). La cesion de la Ingria, con la cual abandonaba el Báltico, y en su consecuencia toda la Europa, fué la condicion del arreglo que concluyó con Gustavo Adolfo. Obtuvo de Uladislaio de Polonia, que queriendo precisar á los rusos á aceptarle por czar (1634), habia llegado hasta Moscou, la paz de Wiasma, dejando á los polacos Smolensko, la Siberia y Tchernigov.

El primer tratado entre la Rusia y la Francia se hizo por Richelieu (1629), cuya atencion se habia despertado por el comercio que hacian los ingleses con aquellas comarcas. Miguel envió la primera embajada á China; pero volvió sin resultado, porque sus gentes se habian negado á someterse al humillante ceremonial del país; por otra parte, aquel príncipe se entendió con la Persia para abrir un nuevo camino á las relaciones comerciales. Más tarde, en 1652, habiéndose lanzado el cosaco Kavarov á lo largo del Amor, llamado por los chinos río de los Dragones, construyó algunas torres en los alrededores, lo que produjo una cuestion con la China. Prefiriendo ante todo el emperador Chang-Hoang-Ti las ventajas del comercio, envió mandarines, acompañados de los jesuitas Pereira y Gervillon, con diez mil hombres, que ostentaron gran magnificencia, y arreglaron los confines entre ambos imperios.

A Miguel Romanov sucedió su hijo Alexis (1645), de edad de diez y seis años, cuyos tutores produjeron tal descontento, que Moscou, Novogorod y Pscov se sublevaron. Aquellas turbulencias alentaron á otro falso Demetrio, que despues de haberse hecho circuncidar en Constantinopla, recibió el bautismo en Roma, y se dirigió á todas las potencias para hacerse reconocer. Concluyó por ser cogido y sentenciado á muerte.

Irritados los cosacos de la Ucrania contra los polacos que los trataban de siervos, se sometieron á Alexis, á condicion de quedar exentos de contribuciones y de cualquiera otra jurisdiccion que la de sus propios magistrados, con el derecho de elegir su hetman; sesenta mil de ellos debian servir en el ejército ruso con un sueldo de tres rublos al año. Era natural que la Polonia, cuyo poder comenzó á declinar desde aquel momento, encontrase en aquel incidente un motivo de guerra. Los rusos salieron

vencedores de la lucha; sin embargo, los cosacos volvieron á la Polonia, y en fin, se dividieron entre ambos Estados, con arreglo á una linea de separacion trazada por el Dnieper; pero amigos ó enemigos, siempre fueron vecinos peligrosos (1669). Stenko-Razin, al frente de una partida de cosacos del Don, saqueó las barcas que iban por el Volga á Astrakan y batió á las tropas enviadas para reprimirle. Despues de haber derrotado á los rusos, se arrojó sobre la Persia, saqueando y degollando en todas partes á los nobles, y llamó á la libertad á los siervos y á los cultivadores. Uniendo la habilidad del general á la astucia del bandido, se sostuvo por algun tiempo, pero concluyó por ser preso y ejecutado. No hacemos mencion más que de este jefe; pero se puede decir que habia constantemente uno en rebelion contra la Rusia.

En 1672 estalló la primera guerra con la Puerta; en aquella ocasion, Alexis envió á rogar á los príncipes cristianos diesen tregua á sus enemistades para combatir al enemigo comun, y al papa que se pusiese al frente. Pero nadie le escuchó, y murió antes de ver el fin de las hostilidades (1676).

Entrado en la congregacion europea, procuró aquel príncipe sostener dignamente su categoría con la mejora de su pueblo. Llamó á extranjeros, fundó escuelas, dispuso principalmente revisar el código de Ivan Vasilievitch, y «tomar de las constituciones del santo apóstol, de los Padres de la Iglesia y de las leyes de los emperadores griegos todo lo que se encontrase en ellas aplicable á las costumbres y á los usos de su nacion; reunir igualmente los ukases de los antiguos señores de la Rusia y las decisiones de los boyardos para combinarlas con las leyes existentes; en fin, sentenciar las cuestiones que habian quedado hasta entonces sin solucion, y permanecido dudosas en la legislacion.»

Designó para el efecto á cuatro príncipes, á los cuales les unió diputados de todas las clases de la nobleza y de la clase media; una vez terminado el trabajo, leyóse en una asamblea del clero (1649), de los boyardos, de los jueces y de los consejeros, en presencia de los diputados, de los nobles y de los vecinos; despues fueron llamados todos los asistentes á suscribir á él. La blasfemia introducía las turbulencias en

el culto, el crimen de lesa majestad era castigado con la muerte. El que se presente armado en la corte sin haber recibido orden para ello, sufrirá los *batonges*, es decir, golpes aplicados á las plantas de los piés, y en encierro. El que use del acero en presencia del czar sin herir á su adversario debe perder la mano, y si le hiere ser castigado con la muerte. El falsario en escritura pública, la sustracción de títulos y documentos, la falsificación del oro y de la plata, producen la pena capital. A los monederos falsos se les echa metal derretido en la boca. El robo de un caballo cuesta la pérdida de la mano. El primer robo se castiga con el knout, la pérdida de la oreja izquierda y dos años de trabajos forzados; el segundo con el knout, la pérdida de la otra oreja, y cuatro años de trabajos forzados; el tercero, lo mismo que el robo en una iglesia, con la pena de muerte. Al salteador de caminos se le aplica al tormento; se le corta la oreja derecha, se confiscan sus bienes, sufre tres años de trabajos forzados, y la pena capital en caso de reincidencia. A los condenados á muerte se les conceden seis semanas para hacer penitencia; todo homicidio premeditado produce la pena capital; por el castigo del infanticidio un año de prisión y una multa; si la culpable no es casada, debe sufrir el último suplicio. La mujer que da muerte á su marido se la entierra hasta las caderas, con las manos atadas á la espalda. El juez prevaricador es condenado á pagar el triple del daño causado, degradado si es noble, entregado al knout si no lo es. Los calumniadores deben sufrir la pena prescrita á la imputación calumniosa; las injurias corporales producen la pena del Talion; las de palabras se pagan con dinero, á proporcion de la clase del ofensor y del ofendido. Prohíbese legitimar á los hijos naturales, aun con matrimonio subsecuente. Los hijos no pueden acusar á sus padres, ni citarlos ante la justicia. Nadie puede salir del país sin pasaporte; debe pagarse un impuesto permanente, sin exceptuar los bienes eclesiásticos y los de la corona, para el rescate de los prisioneros de guerra; otro para el sosten del ejército en tiempo de guerra.

El patriarca ejerce su jurisdicción sobre los que dependen de él, y se puede apelar de su tribunal al de los boyardos. Un noble no puede

constituirse esclavo por contrato; para hacerlo le es preciso tener quince años, y los hijos nacidos antes del estado de servidumbre son libres. Se prohíbe introducir y fumar tabaco bajo pena del knout, del tormento, de cortársele las narices, segun se haya faltado una ó más veces.

El clero, los nobles y los soldados están exentos de todo peaje.

Algunos historiadores atribuyen á Alexis la terrible invención de la cancellería secreta, que dejaba la vida de los ciudadanos á merced de los delatores. Bastaba que uno de ellos exclamase *Sliovo i dielo* (la palabra y el acta) para hacer encarcelar al primero que se le ocurriese, aunque teniendo que probar que había conspirado contra el czar, sin lo cual el acusador sufría el knout.

En 1587 se había concedido un patriarca particular á la Rusia por Fedor Ivanowitch con plena autoridad eclesiástica. Aún se consultaban, sin embargo, á los patriarcas griegos, y todos los años los czares les enviaban un regalo á Constantinopla. Pero en 1657 fué un embajador ruso á Constantinopla, y obtuvo del patriarca de aquella ciudad, de los de Antioquia, Jerusalen y Alejandría, que el clero ruso pudiese elegir el patriarca de Moscou sin recurrir á su asentimiento. Este prelado quedó, pues, enteramente independiente y ocupó el primer lugar despues del czar, quien en la solemnidad del Domingo de Ramos conducía de una cinta el caballo del jefe de la Iglesia. En el primer año uno y otro se besaban la mano y abrazaban en presencia del pueblo; sentándose despues el patriarca en el trono, bendecía la corona y el cetro del czar.

Pero no duró mucho aquella armonía. El patriarca Nikon, uno de los hombres más distinguidos del imperio, era, á pesar de su afecto hácia la familia de los Romanov, celoso de los derechos de su Iglesia, por el interés de su dignidad y hasta por orgullo personal. Cuando sujetó el código á los eclesiásticos á la jurisdicción lega, se opuso á este envilecimiento; irritóse el czar; los grandes y los demás miembros del clero se declararon en contra de la severidad del patriarca; viendo entonces que había perdido el favor, abandonó las insignias de su dignidad y se retiró á su convento, en el

que se ocupó en escribir una crónica del reino hasta el fin de sus días.

Nikon había introducido la uniformidad en el culto de la Rusia; pero muchos fieles se separaron de él, haciéndole un cargo por haber alterado los dogmas y los derechos, y se titulaban antiguos creyentes (*staroverzi*) ó elegidos (*isvraniki*), mientras que sus enemigos los trataban de cismáticos (*roskolznick*). Como no forman una iglesia particular, las opiniones varían entre ellos de hombre á hombre. Odian á los sacerdotes griegos, negando que haya en la iglesia rusa continuidad de episcopado, y en su consecuencia sacerdocio legítimo. Se sujetan rigurosamente á la letra de la Escritura de tal manera, que la trasposición de una palabra en una nueva edición de la Biblia fué causa de graves turbulencias. No permiten administrar el bautismo á un sacerdote que haya bebido, con objeto de evitar los desórdenes causados en el país por el abuso de los licores espirituosos. No admiten categorías entre los fieles; es un pecado entre ellos decir tres veces *aleluia* en lugar de dos; el sacerdote debe bendecir con tres dedos, y otras pequenezes; pero como se excluye á los disidentes de sus conventículos, se les achacan todos estos desafueros, imputados por lo comun á las sociedades secretas.

El rigor, el artificio, la guerra abierta, se han empleado inútilmente para destruirlos; la tolerancia de Pedro el Grande, la indiferencia de Catalina II, no han conseguido nada. Hay tal vez en el día trescientos mil en el imperio, subdivididos en más de veinte sectas, que se distinguen en *popomstchina*, que tienen popes, es decir, sacerdotes, y en *bezpopomstchina*, que no los tienen.

Sin embargo, Alexis convocó en Moscou (1667) un concilio al que asistieron los patriarcas de Alejandría y Antioquia, y en el que fué excomulgado Micon, que además fué desterrado. Aquella asamblea abolió la costumbre de excomulgar al papa y los católicos todos los primeros domingos de Cuaresma. Aún quedaba que triunfar de las arrogantes pretensiones de los nobles, entre los cuales se había establecido una especie de jerarquía (*miesnithestvo*). Resultaba de esto que todo hombre bien nacido consideraba como indigno de sí depender de otro de una casa ménos antigua; negábanse á

servir en el ejército á las órdenes de un oficial cuyo padre ó abuelo había sido inferior al padre ó abuelo de aquel que se enorgullecía; lo mismo acontecía con respecto á los empleos de la corona y al ceremonial. Las cuestiones sobre este asunto las decidía un tribunal (*rasriad*), en cuyos archivos es conservaba el registro de las antiguas y nuevas familias, con los empleos desempeñados por los miembros de cada una de ellas. Añádase á esto, que los descendientes de los Rurik (1676) hacían presentes pretensiones que causaban recelos á la nueva y extranjera familia de los Romanov. Para cortar el mal en su raíz, Fedor III, hijo de Alexis, con el pretexto de arreglar exactamente las clases, hizo le presentasen los diferentes extractos que cada familia había hecho sacar de aquellos registros, y los entregó á las llamas con detrimento sin duda de la historia, pero en provecho de la paz y de la disciplina.

De todos modos, como su intención era aniquilar pretensiones y no la nobleza, permitió hacer otra genealogía, sin que en adelante pudiese pretenderse ninguna superioridad por el nacimiento.

Ya podemos considerar á la constitución rusa como completa, y dirigir una ojeada sobre su conjunto. La *monarquía moscovita* ó *gran Rusia* era considerada como propiedad de la casa de Romanov; el emperador reinante podía designar á su sucesor entre sus hijos, aunque hubiese la costumbre de dar la preferencia al mayor. El príncipe elegido, coronado por el patriarca ó por un metropolitano, tomaba el simple título de czar ó de czar blanco; á su mujer se la llamaba czarina, á sus hijos czarewitch y á sus hijas czarevinas. El czar tenía sobre la vida y bienes de sus súbditos un poder despótico. Cuando quería declarar la guerra acudía á una iglesia, y hacia leer sus agravios contra el enemigo, última consideración del déspota con el pueblo, que debía soportar las cargas y los males. Por lo demás, los antiguos derechos del pueblo y de los señores, hasta de aquellos que en otro tiempo eran soberanos, dependían de la voluntad arbitraria del czar, que los domaba á correazos. Los empleos civiles y militares se hallaban siempre confundidos, y el mando del ejército se confiaba á un hoyardo de la Cámara; el gobierno de

las ciudades y las embajadas á los oficiales del Consejo.

Los boyardos eran consultados por el czar en los asuntos principales, pero por pura condescendencia. Se reconocía en la nobleza, después de la destrucción de los antiguos registros, cuatro grados: en el primero se encontraban las familias, cuyos miembros figuraban en tiempo de Fedor III, entre los boyardos, los jueces y los consejeros, ó cuyos autores habían sido empleados en tiempo de Ivan IV y Fedor III, ora en misiones extranjeras, ora en un elevado mando: en el segundo grado, las que habían tenido mandos militares en tiempo de Miguel III ó Fedor III, ó cuyos nombres estaban inscritos en la primera clase en los registros de las ciudades. Seguían después las familias mencionadas en aquellos registros, en fin, los nobles nombrados por cartas del czar. Sólo los nobles podían usar espada y poseer tierras obligadas al servicio militar; gozaban además de diferentes privilegios con respecto á la justicia.

Se había formado en las ciudades una clase media de *personas nombradas*. Podían adoptar por nombre de familia el de su padre con la terminación *itch*; eran ricos comerciantes y mercaderes excluidos de los empleos.

Los aldeanos permanecían afechos al terruño, sin tener propiedad sobre nada, y podían ser trasladados por su amo de una tierra á otra, pero no podían arrebatarlos de los campos para destinarlos á otros servicios. Los esclavos, por el contrario, se empleaban en toda clase de trabajos, y algunos pertenecían por herencia á una familia; otros se comprometían con ella por un contrato de por vida. La ley no se ocupaba de ellos sino para prohibir se les mutilase ó diese muerte.

El consejo de Estado se componía del czar, de sesenta y siete boyardos, de cincuenta y siete jueces y treinta y ocho consejeros. El primer magistrado era el presidente de los negocios extranjeros, á quien se hallaba confiado el sello. El supremo tribunal de justicia se llamaba *Palacio de justicia de oro*.

El ejército permanente se reclutaba de voluntarios, ó en su defecto los propietarios territoriales debían proporcionar hombres. Los strelitz ó tiradores, en número de cuarenta mil,

formaban el primer cuerpo; además había varios regimientos de soldados instruidos á la alemana, como también caballería, con oficiales alemanes. La nobleza proporcionaba por otra parte doscientos mil hombres de tropas feudales, y los cosacos una numerosa caballería irregular.

La suerte del pueblo era trabajar y pelear, ignorante, miserable, encorvado servilmente bajo el knout de los amos. Algunas veces, cansados de los malos tratamientos ó de tanto sufrir, se amotinaban contra los odiosos edictos, y el czar apaciguaba á los rebeldes arrojándoles la cabeza de los ministros, que servían de esta manera de salvaguardia al príncipe, sin haber podido poner freno á sus voluntades.

Las rentas ascendían á 5.000.000 de rublos, y la venta de la cerveza por menor, el hidromiel, el aguardiente, la sal, la pesca en el mar Cáspio, y sobre todo la del sollo, con cuyos huevos se hace el cabial, constituían los privilegios reales. Se daba poco dinero á los empleados, pero se les asignaban ciertos dominios.

La Iglesia rusa comprendía veintitres *eparchias* que tenían á su cabeza á doce metropolitanos, arzobispos ú obispos, dependientes todos inmediatamente del patriarca, dignatario cuya influencia era muy grande, áun en los negocios políticos, y á quien se le tributaba un respeto que rayaba en la adoración. El clero no podía adquirir bienes raíces; dicese, sin embargo, que poseía una tercera parte del territorio exento de impuestos; esto se entiende de los frailes, pues el clero secular no tenía riquezas ni crédito. Los hijos de los sacerdotes eran excluidos de los empleos civiles, lo que hacía que poblaran los conventos.

Aquella poderosa aristocracia rusa no se dedicó á corregir al pueblo, que no conocía de la religión más que los actos exteriores, servilmente determinados, y la estricta observación de cuaresmas muy rigurosas. La predicación, poderoso medio de educación, no era permitida por los celos del gobierno.

Las costumbres tenían aún algo del estado bárbaro, y el lujo oriental se había mezclado á ellas sin modificarlas. Las casas de madera no tenían otro adorno que colgaduras de cuero; los trajes eran bastos; pero se ostentaba en las

fiestas el oro y los diamantes sobre ricas telas, como también pieles de gran precio. Los que no las tenían las alquilaban del guardarropa del czar. Se pagaban las que se extraviaban ó echaban á perder, además de la *bastonada*, castigo del que no estaba exenta ninguna clase de personas.

Las mujeres de cierta categoría estaban obligadas á una servidumbre enteramente asiática; no podían salir sino para ir á la iglesia ó visitar á sus padres. Su marido era siempre su señor; las maltrataba á su antojo, no como consecuencia de una brutalidad que la misma civilización no hubiera podido vencer, sino con consentimiento de la ley, que convertía en un crimen resistirse á los malos tratamientos. Las mujeres del pueblo gozaban de mayor libertad; y con objeto de satisfacer su afición á los licores, se entregaban á un descarado libertinaje. Los extranjeros eran siempre mirados en el país con desprecio y desconfianza; los boyardos ó dignatarios no se atrevían á tratar con ellos sino ocultamente; además, los embajadores rusos eran tan tercos y llevaban las pretensiones á tal grado, que era muy difícil terminar con ellos un asunto.

Los caminos se hallaban infestados de ladrones, y hasta las mismas calles de la capital no estaban seguras. Los envenenamientos eran frecuentes, y tan temidos, como también los encantos, que se hacía prestar juramento á todos los que se aproximaban al czar, de no poner yerbas malélicas en sus manjares, y oponerse á que otros las pusiesen.

Fedor, príncipe justo y benéfico, que había concluido con un arreglo la guerra con los turcos en 1681, murió después de seis años de reinado, sin dejar hijos (1682). En su consecuencia, el patriarca y los boyardos se reunieron para elegir entre su hermano carnal, de edad de diez y seis años, y Pedro, su hermano consanguíneo, que no tenía más que nueve. Pero como el primero era débil, tartamudo y no tenía ambición, fué proclamado Pedro, bajo la regencia de la zarina Natolia Kivillovna-Narischkin. La facción favorable á aquella princesa había sucumbido en el reinado de Fedor III, bajo el de los Milcslawski, parientes y partidarios de la primera mujer de Alexis; y éstos intrigaron entonces mucho para extender calum-

nias contra la zarina. Produjeron su efecto; cinco de los nueve regimientos de strelitz se declararon contra un nombramiento hecho sin participación suya. Subleváronse á los gritos de *muera Pedro y la zarina*; corrió la sangre, y los hermanos de la regente fueron degollados por aquella soldadesca ebria. Setenta y siete personajes respetables fueron asesinados de una manera horrible, é Ivan fué también proclamado czar con su hermano, bajo la regencia de la zarina Sofia, su hermana.

Aquella astuta princesa, cuya destreza había producido la revolución, se mostró firme en el ejercicio de una autoridad que había ambicionado. Sostenida por su favorito Galitzin, trató de sustraerse de la onerosa tutela de los strelitz, lo cual fué causa de una nueva sublevación. Encontrándose mal recompensado el príncipe Khowanski, su jefe, de los servicios prestados á la coregente, se puso á la cabeza de una nueva secta religiosa, la de los abakoumistas, meditando degollar á los dos czares y gobernar en su lugar. Habiéndose refugiado los príncipes en un monasterio, Pedro, cuyo carácter se había ya formado en medio de aquellas turbulencias, llamó á él á Khowanski, y le hizo decapitar con treinta y siete strelitz que le acompañaban. Preparáronse los demas para vengarse; pero á vista de toda la nobleza armada para defender á los czares, se asustaron, y pasando de la audacia á la cobardía, se presentaron con cuerdas y otros instrumentos de suplicio, dispuestos á sufrir un castigo merecido; pero no obtuvieron su perdón sino á condición de entregar á los agitadores y uno de los suyos por cada diez. Tres mil setecientos, sacados por suerte de sus filas, recibieron los sacramentos y se prepararon á morir. Después de haberse despedido de sus familias, se dirigieron al convento con la cuerda en el cuello y desarmados, de dos en dos. Llevando el tajo, y un tercero el hacha. Llegados al punto pusieron en él los tajos, en los que apoyaron sus cabezas, y de esta manera esperaron tres horas. Contentáronse los czares con hacer ejecutar á treinta y perdonar á los demas.

La princesa Sofia, á quien la juventud de Pedro y la incapacidad de Ivan permitían libertad en el ejercicio del poder, se aprovechaba de él para hacer su voluntad. Cuéntase que

ella misma introdujo al primero en una compañía de jóvenes libertinos: tal vez se la acusó de más de lo que merecía por el partido triunfante; pero es cierto que era muy ambiciosa é intrigante. Extendió el territorio del imperio adquirido á Smolensko, la Siberia, Tchernigov, la pequeña Rusia á orilla izquierda del Dnieper, Kiev en la derecha, como también los países de los cosacos zaporogues, á los que prometió, para unirlos á la Rusia, aliarse á la Suecia y á la Polonia contra la Turquía; pero Galitzin, que le daba prudentes consejos con respecto á las medidas que habia de adoptar durante la paz, dirigió mal las operaciones militares; perdió el ejército, y se vió obligado á retirarse.

Durante aquel tiempo crecía Pedro, y ya sus diversiones anunciaban su futuro poder. Salió vencedor de la prueba de los vicios á que se le expuso, y los jóvenes extranjeros que se colocaron en su derredor para corromperle excitaron su imaginación con la relación de extraordinarias empresas. El genovés Francisco Jacobo, el Fuerte, habia recorrido la Europa de un extremo á otro, sucediéndole extrañas aventuras, viendo mucho, capaz de ver bien, y sin deber más que á sí mismo sus conocimientos, su osadía y su fortuna. Ganó la confianza de Pedro, quien le puso á la cabeza de cincuenta jóvenes de su edad, con los cuales quiso aprender los ejercicios militares, y se ensayó en el servicio, sin admitir distinción entre él y sus compañeros. El honor de entrar en aquella tropa como camarada (*poteschnov*), no tardó en ser ambicionado, y llegó á ser el núcleo de los regimientos de la guardia.

En medio de las desenfrenadas licencias de aquellos jóvenes, Pedro y el Fuerte espían con atenta mirada el momento de arrebatar el poder á Sofía: irritábanse al ver que, despues de haber adoptado el título de soberano, habia hecho inscribir su nombre á la cabeza de todas las actas públicas, en las monedas del imperio, y que aspiraba á una dominación absoluta. Habiendo fracasado sus proyectos, quiso Sofía prevenirlos; y Thegtwitoi, jefe de los strelitz, fuese por su orden ó por ganarla á su partido, se disponía á desembarazarla de Pedro, como también de su mujer, de la madre y hermana de este príncipe. Esta fué al ménos la noticia que circuló (1689). Pero habiendo ido Pedro al con-

vento de la Trinidad con los poteschnoi, convocó á los boyardos, reveló la conjuración dirigida contra él, desterró á Galitzin, metió á Sofía en un convento, y quedó solo dueño, aunque Ivan, czar sólo de nombre, sobrevivió aún algunos años.

Aquí se abre una nueva era para la Rusia.

CAPITULO XIV.

Pedro el Grande y Carlos XII.

Encontrábase Pedro á la edad de 17 años al frente de la más grande monarquía de Europa, cuyo territorio se extendía desde Arkangel hasta el mar de Azov, y era habitado por un pueblo tosco, pero unido, que obedecía á grandes también esclavos. No tenía Pedro ni costumbres ni educación; pero en medio de las orgías, el Fuerte le inspiraba, con sus aventureras relaciones, el deseo de regenerar á la nación. Sin razón se creeria que era un proyecto filosófico nacido del conocimiento de las causas. Viendo los tristes efectos de la barbarie indígena, pensó remediarla no tratando de corregir al país poco á poco, sino haciéndole del todo europeo, injertándole en el extranjero sin cuidarse de si este injerto, al morir él, dejaría más enfermo el trono.

Parece que el grito de guerra de la Rusia ha sido desde un principio: *!Dadme agua, que tierra tengo!* Habiendo hecho construir Pedro algunos barcos, se ejercitaba en maniobrar con ellos en el lago de Perezlav, cerca del monasterio que habitaba. Aquel juego de niños debia tener con el tiempo serias consecuencias, así como sus cincuenta compañeros convertirse en doce mil guerreros. Despues de haber nombrado general al Fuerte, que no habia mandado nunca, le concedió también el empleo de almirante de la escuadra, que no sólo no existía, sino que ni siquiera tenía nombre en aquella lengua; y por primera vez vió el mar Blanco á un monarca ruso. Pidiendo despues á la Alemania y á la Holanda ingenieros, barcos y artilleros; obligando á los ricos y á los prelados á proporcionarle los medios necesarios para un armamento, hizo construir buques en Venecia y en Holanda. Cuando se apoderó de Azov, basándose de sus proyectos, fortificó aquella plaza, é hizo su entrada en Moscovia con el fausto de un antiguo romano, con objeto de inspirar, ade-

más del gusto á la gloria, la idea de su superioridad.

Entre tanto enviaba jóvenes á Italia, Alemania y Holanda á aprender las costumbres y artes de los pueblos civilizados; quiso despues adquirir él mismo estos conocimientos, cuya necesidad conocia. Confiando, pues, la regencia al boyardo Fedor Romanodowski, viajó de incógnito. Viósele trabajar en los talleres de Saardan y Deptford, confundido con los obreros por su actividad en el trabajo y sus vicios; ocupóse en Amsterdam en procurarse nociones de anatomía é historia natural, examinó en Lóndres la constitución civil y eclesiástica, admirando la libertad de cultos, las colecciones de armas; pero sobre todo la marina; en todas partes contratava con promesas hábiles obreros que fueron con él á Rusia. Vió también á Cleves, Dresde y Viena, en la que se le dió una fiesta que sirvieron á la mesa, disfrazados de huéspedes, el emperador y la emperatriz, poniendo en la mesa máscaras de todos los países y de todas las clases. Dirigiase á Italia, cuando tuvo que acudir á sus Estados.

Una vez acostumbrados á beber en la copa del poder es difícil que no se renueve la sed. Sofía, que nunca habia renunciado á la esperanza ni á las intrigas, aprovechó la ausencia del czar para hacer sublevar de nuevo á los strelitz, que sin embargo fueron vencidos. Habiendo acudido Pedro hizo instruir el proceso á los prisioneros rebeldes (1698), de los cuales dos mil fueron ahorcados y cinco mil decapitados; él mismo derribaba las cabezas á centenares, y señores de elevada categoría, que eran sospechados de inteligencia con los amotinados, seguían su ejemplo. Se mandaba á treinta, cincuenta y hasta cien desgraciados á la vez acostarse boca abajo y poner la cabeza en un tajo de una longitud proporcionada á su número, hiriéndoles el hacha unos tras de otros. No atreviéndose á condenar á su hermana, hizo ahorcar á tres rebeldes de sus ventanas, y sus cadáveres permanecieron en ellas todo el invierno, teniendo en la mano las peticiones que habian dirigido á la princesa. Probablemente entonces fué cuando instituyó ó resucitó la cancellería secreta, terrible tribunal de inquisición que duró hasta 1762.

R epudió á Endoxia Federowna, su mujer

porque manifestaba horror á aquellas matanzas.

Semejante hombre no podia ménos de desear la guerra para recobrar los países arrebatados á sus predecesores, y cuya pérdida le impedia extenderse por el Báltico. Encontróse, pues, enemigo natural de la Suecia y aliado de todo el que le fuera hostil.

Los nombres de Pedro el Grande y Carlos XII están unidos en la memoria de los hombres; rodeados ambos de algo de romanesco y teatral, contrastan con el genio positivo que habia adoptado la sociedad. Los dos de un carácter fuera de las costumbres comunes, el uno encontrando un trono consolidado por su padre, un tesoro bien provisto, una buena escuadra, un excelente ejército, no tuvo necesidad siquiera de recurrir á los desafueros que naturalmente le repugnaban; adquirió el otro el suyo libertándole sanguinariamente de los numerosos obstáculos que encontraba, sin haberle detenido nunca ninguna idea de humanidad. Pedro se dirigía por cálculo hácia un objeto bien meditado; Carlos se lanzaba á él impulsado por una pasión dominante. Las victorias del uno le inspiraron una loca osadía; el otro aprendió á vencer en sus derrotas. El uno constituyó la grandeza de su país, y el otro causó la ruina del suyo.

Fué educado Carlos XII en las ideas religiosas, que forman el carácter de su casa; su madre, que tuvo poco cuidado en cultivar su talento, dedicó mucho á desarrollar el vigor de su cuerpo. Inclínole su padre á dedicarse á los ejercicios militares y á conocer la constitución del país, inspirándole un sentimiento profundo hácia la prerrogativa real. Aficionado Carlos á las matemáticas, emprendió varios viajes; amaba la caza, sobre todo la que ofrecía más peligros. Declarado mayor antes de la edad de costumbre, cuando el obispo de Upsal levantó la corona para colocarla sobre su cabeza, se la arrebató de las manos y él mismo se la puso.

La paz de Ryswick habia apagado el humor belicoso de los reyes de Europa; pero como se preveía que se empuñarían las armas por la sucesión de España, todos se ocupaban subrepticamente en procurarse aliados, y Carlos recibió proposiciones de la Inglaterra, de los Estados generales, de Luis XIV, que aún recordaban á Gustavo Adolfo. Pero sus vecinos, que